

E. M. Molleja

# SHE IS ONE OF THE BOYS

¿Y SI TE ENAMORASES  
DE TUS DOS MEJORES AMIGOS?

wattpad   
by Montena

Papel certificado por el Forest Stewardship Council\*



Primera edición: septiembre de 2020

© 2020, E. M. Molleja

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-18057-62-5  
Depósito legal: B-8.160-2020

Compuesto en Compaginem Llibres, S. L.

Impreso en Black Print CPI Ibérica  
Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

GT 5 7 6 2 5

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para mis lectores,  
sin ellos no soy nadie*



## Prólogo

—Chase, tienes que salvarme de esta familia de locos de una puta vez. ¡Mierda! De verdad que acabaré loca si estoy un segundo más aquí —le supliqué a mi hermano mayor a través de la conexión de Skype.

Vi cómo se reía a carcajadas de mí. No pude evitar sonreír sarcásticamente porque llevaba burlándose de mi suerte desde el momento en que nuestra madre nos informó de que yo pasaría el verano con la tía Deph aquí, en Nueva Orleans. Muy lejos de ellos.

—Joder, Chase, hablo en serio —repliqué irritada, ya que no parecía querer dejar de reírse de mí.

—Relájate, hermanis, solo te quedan... —Miró a un lado por unos segundos y luego movió sus ojos verde oscuro de nuevo hacia mí— unas diez semanas más de exilio.

—¿Por qué mamá tuvo la grandiosa idea de que pasara tiempo con mis estúpidas primas este verano? —le pregunté mientras me aseguraba de que ni Katia ni Lana estuviesen escuchando la conversación.

—Bastante fácil: quiere que te comportes como una niña buena. Quiere una hija, no tres hijos, supongo —me contestó, tomando un trago de su cerveza.

Puse los ojos en blanco y di un salto asustada al escuchar que se abría su puerta. Sonreí automáticamente al ver que se trataba de Sawyer y West.

Apenas había pasado una semana desde que me había ido de la ciudad y ya quería que se terminara el verano para volver con ellos. Necesitaba, sí o sí, una revancha de la última competición de eructos.

Estaba segura de que el tonto de West había hecho trampas. Hasta entonces yo era la que encabezaba la lista de victorias y no pudo lidiar con la presión de tenerme a mí ganándole.

—Mierda, ¿qué haces? ¿Estás viendo porno? —saltó West, curioso, sobre la espalda de Chase.

Se escuchó la profunda carcajada de Sawyer en el fondo, lo cual me hizo sonreír aún más.

Cómo echaba de menos a esos condenados.

—Oh, solo es Dylan. —West empujó a mi hermano fuera de la silla para poner su gran trasero de jugador en ella—. ¿Qué hay, bebé?

«Bebé.» Desde que tenía memoria de nuestra amistad, ese era el apodo con el que me llamaba. Me había costado tiempo acostumbrarme a él, pero ahora ya no me molestaba, al contrario.

—La pobre está desesperada —se burló Chase mientras se levantaba del suelo de su habitación, pasándose una mano por su pelo liso y oscuro.

—Cuéntanos, ¿cómo va la tortura?

Sawyer se dejó ver en la cámara, con una media sonrisa en los labios. Como siempre, llevaba su ondulado cabello dorado despeinado y sus ojos verde esmeralda estaban posados en mí mientras esperaba mi respuesta.

Debía ser honesta en algo: Sawyer era indiscutiblemente atractivo y era fácil entender por qué las chicas se volvían locas por él. Pero no había que olvidar lo idiota que podía llegar a ser. Eso era suficiente para borrar cualquier pensamiento lujurioso de mi cerebro.

—Todos en esta familia son vegetarianos. He comido cosas que tengo miedo de preguntar lo que contienen. La tía Deph tiene una pizarra llena de reglas y normas que debemos seguir en casa. Una de ellas es no decir ni una puta palabrota, ¿pueden creerlo? No sé ni siquiera cómo mierda he sobrevivido una semana. Las habitaciones de las chicas son tan rosadas que no puedo entrar sin marearme y solo hablan de chicos, chicos, chicos y chicos... No tienen idea de lo que son los chicos en verdad, y viven diciéndome que me vería mejor vistiendo de otra manera, usando maquillaje y estúpidas cosas como esas.

—¿Deberíamos ir a rescatarte? —intervino West, dedicándome una de sus sonrisas de «soy muy sexy y lo sé». Pero he de preguntarte algo primero: ¿tus primas están buenas? Podríamos secuestrarlas a ellas también.

—¡Ey! —Chase lo golpeó con fuerza en la cabeza—. No hay nada que preguntar, hombre.

Hice una mueca de asco mientras le dedicaba un gesto de desaprobación.

—Eres asqueroso, ¿es que no tienes suficiente con acostarte con media escuela? —dije cruzándome de brazos.

—Solo estaba preguntando, joder... Chase, no vuelvas a hacer eso; ha dolido —le pidió West a mi hermano, tocándose la cabeza y haciendo una mueca de dolor.

—Pero ¿no has hecho nada para divertirte? —me preguntó Sawyer, llevándose a la boca la cerveza de Chase—. ¿Nada de fiestas, clubes, bares, sexo, alcohol? Ya sabes, las cosas típicas de verano... ¿Ningún chico tampoco?

—¿Sexo? —Los ojos de Chase saltaron de ira durante un segundo—. ¿Chicos? ¿De qué coño hablas, Sawyer?

No pude evitar reírme.

Bien, así estaban las cosas: mi hermano y yo podíamos divertirnos mucho con los chicos, y ser los mejores amigos del mundo, y yo llamarlo «idiota» y él a mí «estúpida», y soltarnos palabrotas como si fuéramos dos colegas. Pero él estaba *casi* convencido de que yo seguía siendo una chica —una chica que era su hermana—, y a la cual debía cuidar de idiotas como West o Sawyer.

—Al lugar más lejos que he ido es a la iglesia... a hacer trabajo comunitario —gruñí, enojada de tan solo recordarlo.

—Mierda, pobre chica. —Los claros ojos de Sawyer se agrandaron de sorpresa—. Quizá sí deberíamos ir por ti.

—¿Qué haces? —preguntó una femenina y suave voz a mis espaldas.

Di un respingo de sorpresa y me volví hacia una de mis primas, Katia. Al parecer había estado haciendo ejercicio, ya que traía ropa de-

portiva y su precioso cabello liso y negro recogido en una alta cola de caballo. A decir verdad, mis primas eran realmente atractivas. Tenían ese aspecto de chicas populares, pero, gracias a los dioses, sin ser unas completas capullas.

Siempre iban bien vestidas, bien peinadas, muy conjuntadas y... femeninas, *muy* femeninas.

—¿Ese es Chase? —Katia acercó sus ojos celestes al portátil mientras se quitaba los auriculares de las orejas—. ¡Chase!

—¡Katia! —le respondió mi hermano en su mismo tono, aunque claramente fingido—. ¡Cuánto tiempo ha pasado!, ¿verdad? Estás genial.

—Sí, tus pechos se ven geniales.

¡Menos mal que solo yo en la habitación pude alcanzar a escuchar el asqueroso comentario de mi calenturiento amigo West!

—Tú también has cambiado mucho, ya no eres el niño del diente torcido. —Katia sonrió encantadoramente—. ¿Quiénes son tus amigos?

—Son los idiotas de Sawyer y West. —Me apresuré a decir, ya se los había mencionado antes—. Entran en nuestra casa como si fuese la suya. Es molesto, lo sé.

Ellos se rieron entre dientes ante mi comentario.

—Somos su llaga en el culo —dijo Sawyer divertido, para luego llevarse la mano a la boca, como recordando algo—. Lo siento, no quise decir «culo».

Oculté mi cara entre mis manos, aguantando la risa.

Es por estos momentos que principalmente prefiero estar con chicos y no con chicas. Es decir, ellos son más divertidos, joder. Además, nunca te traicionarían, ni hablarían a tus espaldas. Lo más importante es que siempre están si los necesitas, y aunque estos tres quizá sean los chicos más idiotas que he conocido, los quiero como a nadie.

Por favor, no les digan que acabo de decir que los quiero.

Katia parecía realmente incómoda, pero a la vez podía notar, con mi desgraciadamente don de chica, que también disfrutaba contemplando a aquellos «dioses» que podía ver en la pantalla. Sobre todo porque había sido testigo de cientos de miradas de otras chicas idénticas



a la que ella tenía ahora. Miradas embobadas, curiosas y... que delataban sus ganas de hacerles a los chicos muchas cosas que en algunas ocasiones me hacían sentir avergonzada de tener una vagina.

Sí, West, Sawyer y Chase eran bastante atractivos, con un estatus popular en la escuela, incluso podían parecer «perfectos» a la vista de cualquiera. Pero a mí todo eso no me afectaba; de hecho, era casi inmune a sus encantos, puesto que los había visto hacer competiciones para ver quién se lanzaba el mejor pedo o quién eructaba durante más tiempo. He arrastrado a mi hermano repetidas veces a su habitación estando borracho, después de haber estado de fiesta y, créanme, a veces me he arrepentido de no grabar sus espectáculos. Lloro, se ríe y comparte secretos que muchas veces hubiera preferido no saber.

Como cuando me dijo una vez que había estado a punto de matar a Sawyer porque le había dicho que yo tenía un bonito trasero. Eso fue algo que no quería saber.

—Así que ¿no vendrán ni siquiera a visitarnos? —escuché que Katia les preguntaba a los chicos, ahora sentada donde yo me encontraba hacía minutos.

Vaya, para ser una «chica de iglesia», era una jugadora bastante rápida.

—Planeábamos llevarnos a Dylan secuestrada, pero entonces recordamos las consecuencias que nos podría traer eso —comentó West divertido.

Imaginé que había recordado la vez que trataron de hacerme una broma pesada que consistía en cogerme por sorpresa al salir de la escuela y, bueno, terminaron con unas fuertes patadas en donde no les da el sol y con una visita imprevista a la enfermería.

—Está bien aquí, no se preocupen, la primera semana siempre es así de aburrida.

Katia se volvió a mirarme, dedicándome una sonrisa que no pude descifrar. Era una sonrisa atrevida, críptica... Bien, ¿a dónde carajo se había ido la dulce Katia que nunca opinaba?

—Tranquilos, la mantendré ocupada, se lo aseguro.

—¡Eh! ¿Qué se supone que significa e...? —Antes de que Chase pudiera terminar la pregunta, Katia ya había cortado la llamada.

—¡Oye!, pero ¿qué coño te pasa? —le pregunté, enojada—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque es hora de que tu verano comience de verdad, Dylan.

Empezaba a asustarme.

¿Acaso era bipolar?

—Tienes que aprender a que si quieres que mamá confíe en ti y te permita hacer todo lo que quieras, solo debes fingir un poco. Como Lana y yo hacemos.

—¿Bien...? —Les juro que no podía cerrar la boca debido a la sorpresa.

¿Ven? Es por esta clase de cosas que prefiero juntarme con chicos. Las chicas por lo general tienen múltiples personalidades, que van de chica callada a totalmente desquiciada en cuestión de segundos.

—¿La tía Stephanie quiere convertirte en una niña buena? Pues bien, eso es lo que haremos. Pero... a mi manera. —Sonrió mientras me levantaba de la silla tirando de la camiseta del equipo de fútbol americano de la escuela que West me había regalado en mi cumpleaños hace años.

Y solo les diré una cosa: después de esa extraña conversación donde Katia me prometió un verano diferente al que me había imaginado hasta entonces, tuve muy poco tiempo de comunicarme de nuevo con mis chicos durante el resto del verano, ya que estuve muy ocupada haciendo cosas bastante bestias en compañía de Katia y Lana, cosas que no tenían nada que ver con lo que hacen «las niñas buenas» los domingos en la iglesia. Hubo una gran cantidad de acción que nunca esperé experimentar con... chicas. Pero, joder, el verano fue uno de los mejores de mi vida.

De todas formas, a pesar de toda esa diversión, estaba ansiosa por ver por fin la cara de mis amigos cuando volviera.

Había cambiado mucho durante el verano.

Y no sabía cómo se lo tomarían.

## La llegada

—Estoy de camino. Espero que sus culos estén esperándome en la estación cuando llegue, ¿me entiendes, Chase? —le advertí a través del teléfono, subiéndome al tren con destino a casa.

Aunque mi verano no había sido tan malo como esperaba, la sensación de volver a mi ciudad, con mis chicos, a mi vida habitual, era verdaderamente reconfortante.

Hacía un momento me había despedido de mi tía y de Katia y Lana, quienes, a pesar de estar tristes por mi partida, parecían al mismo tiempo ansiosas por lo que me esperaba al regresar a casa.

—Ve allá y mueve ese gran trasero dentro de esos sensuales shorts.

Durante el verano, tiraron casi toda mi ropa «masculina» y reemplazaron la mayoría de mi equipaje con ropa nueva. No se trataba de ropa color rosa ni de alguna prenda de otro color que me hiciera sentir mareada. Siendo honesta, era el tipo de ropa que me permitía usar. ¿Diferente? Sí, bastante, pero a la vez seguía siendo yo, solo que con unos arreglos nuevos: un ligero corte en mis ondas castañas, un poco de maquillaje, nueva ropa de la cual no me quejaba.

Nunca creí que diría esto..., pero me divertí mucho con las chicas. Sí, *con chicas*.

Sin embargo, era hora de volver a la realidad. Probablemente, la realidad significaba tener que enfrentarme a las caras y las burlas que sabía que vendrían cuando los chicos me vieran con mi nuevo aspecto.

Por suerte, mi carácter seguía intacto, por lo que aún continuaba

teniendo dos buenos puños que podían impactar en sus caras fácilmente si se atrevían a sobrepasar el límite con sus comentarios.

Mientras viajaba a casa, no pude evitar pensar en todas las cosas que había experimentado con Lana y Katia. «Épicas» es la mejor palabra para definir las. Debo confesar que me sentí culpable durante algunos microsegundos al ser consciente de que la tía Deph no sospechaba en absoluto que, en vez de ir a «reuniones con grupos de la iglesia», íbamos de fiesta como si no hubiese un mañana.

Resulta que mis queridas primas tenían unas amistades un tanto salvajes, las cuales no estaban nada cerca de ser parte de «grupos de la iglesia». Era complicado seguirles el paso en sus planes diarios de hacerse mierda y vivir para contarlo, sobre todo cuando era yo quien tenía la mejor tolerancia al alcohol de las tres, y muchas veces tenía que arrastrarlas escaleras arriba sin que nadie se percatara de sus estados de ebriedad. Hubo muchos sustos incluidos en estas misiones.

No hubo un día, después de esa llamada vía Skype, que me sintiera aburrida o fastidiada. Pasar tiempo con Katia y Lana era tan divertido que más de una vez me olvidaba de contestar los numerosos e-mails que los chicos me enviaban para saber de mí. Aunque eso no quitaba que no dejara en ningún momento de pensar en ellos, preguntándome si se lo estarían pasando tan bien como yo.

Y por supuesto que se lo estaban pasando de maravilla. Quien conociera lo suficiente a West, Chase y Sawyer tenía claro que uno de sus muchos puntos fuertes eran las fiestas... y las chicas. Siempre había sido así.

Ah... Hogar, dulce, hogar.

Hice una profunda respiración, aspirando el aire de la ciudad mientras bajaba del tren. Al fin estaba en casa. Por ahora todo lo que quería hacer era dormir una siesta que durara una semana.

Katia y Lana se habían encargado de darme pocas horas de sueño y muchas horas de diversión, así que había dormido muy poco los últimos meses. Gloriosas resacas.

Saqué mi teléfono del bolsillo para llamar a Chase mientras caminaba dentro de la estación con mi equipaje ya en la mano.

Joder, ¿se había vuelto más pesado o qué mierda?

—Querido hermano —lo saludé con mi mejor voz burlona en cuanto contestó—. ¿Dónde diablos estás?

—Estamos esperándote en la salida, mueve tu trasero hasta aquí.

Colgó el teléfono antes de que pudiese decir alguna otra cosa y, maldiciendo en silencio, comencé a caminar hacia la salida, cruzándome con una multitud de sudorosas y ocupadas personas.

Todo en mí saltó de felicidad en cuanto vi a mis tres chicos parados justo en la puerta de la estación.

Dios, cómo los había echado de menos.

Mi hermano, vestido con su habitual camisa de botones y sus vaqueros favoritos, hablaba animadamente con West, quien llevaba una camiseta del equipo de Baltimore de fútbol americano y se reía de algo que Chase estaba diciendo. Sawyer permanecía junto a ellos escuchando con atención, manteniendo su reputación de «chico encantador», con su camiseta gris bajo una chaqueta de cuero, unos vaqueros gris oscuro y unas muy geniales zapatillas negras.

Así, mirándolos de muy muy muy lejos, podía entender que a las chicas de la escuela les parecieran atractivos. Repito, mirándolos de muy muy muy lejos.

Me acerqué a ellos, sonriente, aunque intentando ocultar lo ansiosa que me encontraba por ver sus reacciones. Me situé justo frente a los tres, esperando alguna respuesta efusiva de su parte ante mi presencia. Sin embargo, al parecer ellos ahora estaban ocupados mirando por encima de la multitud, buscando a alguien..., buscándome a mí.

Estaba a unos pocos metros de ellos, ¿cómo era posible que no pudieran verme? ¿Tan cambiada estaba?

—Eh, tontos —dije lo suficientemente alto para que me escuchasen.

Los tres bajaron la mirada hacia mí al mismo tiempo y sus ojos me examinaron durante demasiado rato, tanto como para hacerme sentir incómoda. Creo que se estaban asegurando de que fuese verdaderamente yo.